

INVERSO REFLEJO

Edmun

Recuerdo la primera vez que le vi. Incapaz de dormir, una noche más, sudaba tumbado sobre la cama, escuchando, desde ese pantanoso territorio que separa el sueño de la vigilia, los sonidos que ascendían de la calle a través de las abiertas ventanas. Mentalmente agotado opté por levantarme, dejando a Marta sola en el lecho con su agitado y sudoroso sueño.

Abrí el grifo y dejé que el agua fría se deslizara desde la nuca hacia la base de la espalda, arrastrando consigo la pegajosa sensación del sudor adherido a la piel. Salí de la ducha, alargué el brazo para alcanzar la toalla y, entonces, en un gesto instintivo, dirigí la vista hacia el espejo. Allí estaba. En el lugar donde debería hallarse mi reflejo el rostro de un desconocido me devolvía la mirada.

Fue sólo un instante. Apenas una fracción de segundo. Cuando volví a mirar hacia la acristalada superficie la inesperada visión había desaparecido. En su lugar la familiar imagen de mi propio rostro me observaba con gesto desconcertado. Permanecí así, quieto, sintiendo los acelerados latidos de mi corazón y la mirada fija en el cristal, escrutando mi reflejo en busca de alguna alteración, de algún rastro de aquella imposible imagen, aguardando y temiendo una nueva anómala manifestación.

Tardé en tranquilizarme, procurando convencerme de que la visión era resultado del insistente calor, de la falta de sueño y de las tensiones acumuladas en las últimas semanas. -“Comienzas a ver espejismos”-. Regresé a la habitación y me acosté de nuevo junto a Marta, quien, entre sueños, pronunció unas incomprensibles palabras antes de dar media vuelta y retornar a su sueño. Yo, en cambio, estaba de seguro de que no lograría dormirme, fija en la mente la impresión de aquel rostro que desde el espejo me

miraba, al igual que yo, sorprendido, es cierto, pero también contrariado; más aún... con odio.

Caí, al fin, en un intranquilo sueño al amanecer, logrando apenas dormir una hora antes de que el despertador me arrastrara de nuevo a la sofocante realidad. Me dirigí al trabajo convertido en un zombi, pugnando con las dos pesas que aplastaban mis párpados, en gran medida ajeno al cotidiano paisaje urbano que me rodeaba. Agonizaba el mes de julio, y en el caluroso ambiente de la ciudad flotaba la sensación de la próxima huida vacacional. Yo, sin embargo, no estaba seguro de lograr sobrevivir hasta el primero de agosto. -“Como continúe sin dormir acabaré mis días tragado por una de las innumerables zanjas de las omnipresentes obras que rasgan el alquitranado tejido de mi amada/odiada ciudad”-.

El intrigante episodio nocturno me parecía ahora, a la deslumbrante luz de la mañana, el delirio provocado por una mala digestión, muy alejado de la material corporeidad que me envolvía: edificios, coches, parquímetros, semáforos, escaparates... ¡Escaparates! Aún no había comprado un regalo y el cumpleaños de Marta era dentro de un par de días. Ya sólo me faltaba olvidárseme.

Me aproximé a uno de los comercios, donde el voluptuoso despliegue de brillante joyería se extendía a lo ancho de todo el expositor, pero mi cuerpo se heló antes de poder fijar la vista en una de las cristalinas piedras. Mi atenuado reflejo, difuminado entre la multitud de pequeños destellos, me devolvía una mirada que no era la mía. Esta vez el desconocido no mostraba desconcierto ni sorpresa alguna. No, ahora me observaba con burlón desafío, disfrutando del hecho de mostrarse abiertamente, regocijándose con el gesto de pavor que, sin duda, crispaba mi rostro.

A partir de entonces sus apariciones se repitieron con creciente asiduidad, prolongando con insistencia sus exposiciones, vigilándome de manera tenaz, insidiosa, desde cada espejo, cada ventana, cada luna; desde cada charco, cada metal, cada cristal...

Y sólo yo era capaz de verle. Nadie más parecía percatarse de que aquella amenazante figura que usurpaba mi reflejo no era la mía. Todos, salvo yo, veían mi rostro en lugar de los deformados rasgos de aquel ícubo. Sí, incluso Marta. Aunque intuyó que algo extraño estaba ocurriendo: en varias ocasiones me sorprendió observando con fijeza el espejo del baño, o el de la habitación, con el semblante crispado, vigilando con obstinación al mudo desconocido que sonreía mordaz desde el otro lado del cristal, intentando desvelar sus perversas intenciones.

-“¿Qué te ocurre? No entiendo porqué te comportas así”-. Yo le lanzaba evasivas como única respuesta, reacción que a ella, con seguridad, no le extrañaba, habida cuenta de lo escasas que resultaban nuestras conversaciones en los últimos meses. Y se alejaba, desconsolada, abandonándome frente al espejo.

Ahora, por fin, ya sé lo que pretendía. Sigo con fijación sus movimientos. Veo como se afeita, como se peina, como regresa a la habitación y se viste. Observo como Marta entra en el cuarto, sin mostrar sorpresa. -“¿Es que ni siquiera ahora lo ve?”-. Él se le aproxima, le coloca sus manos sobre los hombros y la atrae hacia sí, besándola, mientras me observa con su irritante y burlona mirada, preñada ahora de triunfal revancha.

Dejan la habitación, y les veo marchar, juntos, desde mi invertida nueva realidad... al otro lado del espejo.